

LA LEYENDA DE S. VINOL.

(DE PAUL FÉVAL)

LA LEYENDA DE S. VINOL

Hubo, en aquel tiempo, un diluvio en Bretraña; no el diluvio que fuera universal, sino uno que tuvo lugar expresamente para los bretones.

El monte de San Miguel formaba entonces parte de la tierra firme, y más adelante aún, se destacaba sobre el río del Couesnon la parroquia de San Vinol que ahora debe hallarse á cien brazas bajo las aguas de la bahía de Cancale.

Amel, hijo de Raúl, que guardaba los baños del señor de San Vinol tomó por esposa, cuando cumplió los veinticinco años, á Penhor la Blonda que frisaba en los dieciocho.

Se amaban mucho. Ella era buena y hermosa; él grande, fuerte y animoso en el trabajo, sin temerle á la fatiga. El era quien

llevaba en hombros á la Virgen de la Iglesia en la fiesta del mes de agosto.

La Virgen de San Vinol era toda de plata. Y estaba rica, porque las gentes del lugar creían que los pecados se rescataban con el lino, los granos y la lana que depositaban á los pies de la Santa. Equivocados andaban: no se rescatan los pecados más que con el arrepentimiento.

Amel y Penhor tuvieron un hijo y el amor de los esposos aumentó junto á la cuna del recién nacido. Al noveno día, Penhor, tomó al niño en brazos y se dirigió con él al altar de la Santísima Virgen.

—Mírale, buena Virgen—dijo—le hemos puesto por nombre Raúl, como al padre de su padre. Mírale bien para que le reconozcas el día en que tenga necesidad de tí.

Se ignora si á causa de los pecados de los feligreses de la parroquia de San Vinol ó de los de todas las parroquias, lo cierto es que una noche de gran desgracia creció el río, el agua se alborotó agitada, derramándose como la leche al hervir, por sobre los bordes del vaso que la contiene.

Soplaba un viento huracanado, la lluvia

caía á torrentes y la tierra se sacudía como con la fiebre. Toda la llanura se cubrió de agua y cuando vino la mañana, pudo verse que no el río, sino el mar era el que se desbordaba.

El mar que avanzaba sombrío, turbulento, amenazador; que había roto las barreras interpuestas á su furia por la mano de Dios; que continuaba avanzando y que se volvía el diluvio.

A la iglesia de San Vinol, situada sobre una altura, acudieron á refugiarse los inundados.

Amel y Penhor se habían quedado á la puerta de su casa que construida se hallaba á mayor altura aún que la iglesia.

Cuando el agua les alcanzaba ya, ascendieron con el pequeño Raúl al piso alto. Mas como allí llegara todavía el agua, treparon sobre el techo; pero el agua seguía subiendo, subiendo siempre.

—Marido mío,—dijo Penhor—vamos á morir juntos.

—No—contestó Amel.

—¡Pues qué!—exclamó ella—¿Piensas, acaso, abandonarnos?

—No—repitió el pastor.

El agua venía ya muy cerca, y él, en pié sobre la arista del techo, agregó:

—Abraza á nuestro Raúl, yo te ayudaré para que puedas encaramarte sobre mí, y luego pongas los pies en mis hombros; una vez allí, te sostendrás firme. . . . ¿entiendes?

—¡Oh, jamás!—replicó Penhor.

Y se lanzó á su pecho sollozando.

—Despacha, es por el niño. Si te sostienes encima de mí, tienes que durar un instante más y ¡quien sabe!. . . acaso el agua se contenga. . . . Adiós, amada mía, si yo muero y tú te salvas, que sea para bien. Dile que no olvide á su padre.

Penhor obedeció y apenas se hubo enderezado, el agua cubrió la cabeza de Amel.

Lloraba, lloraba la infeliz hasta escapársele el alma por los ojos. Cuando el agua tocaba ya á su cintura, levantó en alto al pequeño Raúl, tras de haberle estrechado contra su corazón y decirle:

—Encarámate sobre mí, yo te ayudaré para que pongas tus piecitos aquí, en mis hombros, y te tengas muy firme ¿eh?

—¡Oh, no, madre—decía el niño—¡no quiero!

—Pero yo lo quiero! Depáchate, tal vez el agua ceda, al fin. . . . Sosteniéndote en mí, puedes vivir más y si te salvas, que sea para bien. ¡Adiós, hijo querido, hijito de mi alma, acuérdate siempre de tu padre y de tu madre. . . .

Y no habló más, porque el agua le tapó la boca.

Por encima de las olas, tan sólo la cabecita rubia y un pliegue de la bata azul del niño Raúl, se veían flotando en la corriente.

Ahora bien: la Virgen de San Vinol, precisamente en aquel momento, se aparecía por la ventana más alta de la iglesia donde todo se había anegado; abandonaba su nicho sumergido para guarecerse en el cielo, llevándose con Ella todas sus ofrendas. Iba á emprender el vuelo, y al mirar la cabeza del niño Raúl y el pedazo de tela azul, la Virgen se detuvo y dispuso:

—Este niño me pertenece, voy á llevarmelo también.

Y al efecto, lo tomó por los sedosos cabellos, pero no fué fácil levantarlo: estaba pesado el niño. ¡Oh! muy pesado si se atiende á lo pequeño de su cuerpo; tan pesado, que la Santísima Virgen hubo de soltar todas sus ofrendas y servirse de las dos manos.

Después de haber dejado todo: linos, tejidos y flores, pudo por fin alzar al niño, sin admirarse ya entonces de lo mucho que pesara. Penhor, la madre, con sus dedos crispados de muerte, se asia á él fuertemente. Con los dedos rígidos y de igual modo crispados, Amel, el padre, se hallaba enlazado, unido á la madre.

—¡Oh! dijo la Virgen emocionada y gozosa á la vista de aquel racimo de corazones:— ¡Dios ha hecho muy buenas cosas en la tierra!

Y en un pliegue de su manto estrellado, envolvió al padre con la madre y á la madre con el hijo; tres amores que pueden condensarse en un solo nombre: ¡LA FAMILIA!

FIN

EL LOBO

(DE GUY DE MAUPASSANT)